

Desafíos para una Integración con igualdad: la perspectiva de las mujeres

Magdalena León T.

Solidaridad, colaboración y complementariedad, son principios que se enuncian y repiten como base de la actual búsqueda de una Integración alternativa de los países de América del Sur. Son, al mismo tiempo, fundamentos que las mujeres, desde hace varias décadas, visualizamos y promovemos como eje de una economía y sociedad diferentes. Hoy se presenta la oportunidad para que el rediseño del modelo económico, político y social en la región, y la construcción de igualdad de género sigan un camino común, si es que esta coincidencia va más allá de la retórica. Es más, la Integración sólo será renovada y alternativa si se orienta a erradicar las desigualdades e injusticias - que han subsistido y se han reinventado por siglos- que afectan a las mujeres.

América Latina y El Caribe tienen un acumulado de ideas propias y creativas sobre desarrollo e Integración –aunque en el terreno de las experiencias, las aplicaciones hayan sido muy limitadas-. Estas propuestas, declaradas obsoletas y hechas de lado desde el poder, tienen interesantes aproximaciones sobre producción, redistribución, soberanía y autonomía de nuestros países. Estos antecedentes deben ser recuperados y enriquecidos con las nuevas propuestas que han surgido los últimos años, como fruto de la resistencia al neoliberalismo y a los TLC.

Los aportes feministas, en este proceso, son especialmente destacables: hemos participado muy activamente desde una postura de visibilizarnos como actoras económicas, de hacer patente la centralidad de los roles y relaciones de género en el modelo económico. Procuramos ir más allá de una visión de los ‘impactos’ sobre las mujeres y de una ubicación de nuestra agenda y nuestros derechos en el terreno de ‘lo social’, para ver las magnitudes y significados de nuestros aportes, de las relaciones que hacen posible sostener la vida, la producción y la reproducción, en medio de un modelo ineficiente y depredador.

Esto ha mostrado los límites de cualquier propuesta de integración que sólo mire al mercado e ignore toda la economía no mercantil, y el imperativo de reconstruir el espacio público –estatal y social- para que gobiernos y pueblos avancen en procesos de Integración transformadora, lo cual implica una revisión a fondo de los supuestos y las propuestas. En esta búsqueda, hemos identificado algunos aspectos estratégicos, que delineamos aquí para aportar al debate.

1) No a la Integración regida por el mercado. Integración y mercado no son sinónimos.

Las 'tensiones' entre mercado y mujeres son históricas; todo acercamiento económico a esta relación las pone en evidencia. El mercado capitalista explota y perjudica a las mujeres de manera particular. Aprovecha todas nuestras formas de trabajo, pero tiende a discriminar y segregar en el espacio laboral, a invisibilizar y no retribuir el trabajo reproductivo. En mutuo refuerzo con el mercado, las sociedades no han sido recíprocas con estos aportes, con la garantía de sostén material y emocional ofrecido por las mujeres.

El mercado neoliberal ha llevado al extremo el control privado de los recursos, de la vida y de las relaciones sociales, pero sin poder anular, porque se sirve y depende de ella, la economía no mercantil que incluye un amplio espectro de relaciones y actividades, especialmente las del cuidado humano y de la producción para el autoconsumo.

El trabajo es una clave en el vínculo de las mujeres con el proceso de globalización neoliberal, que es conducido por políticas deliberadas, no resultado espontáneo de tendencias económicas mundiales. Así, los fenómenos de deslocalización de inversiones, precarización laboral, migraciones masivas de fuerza de trabajo, privatización del cuidado, que caracterizan esta fase globalizadora, se asientan en el trabajo pagado y no pagado de las mujeres.

Se ha pretendido imponernos como único e insoslayable camino el de la Integración inherente a la globalización neoliberal, incompatible con nuestros derechos y con la justicia económica que reclamamos. Hoy no está en juego sólo quién o quiénes controlan el modelo, sino la construcción de un modelo diferente. La Integración alternativa es indispensable para, al fin, romper la matriz colonial que subyace en nuestras economías, pues se nos asignó y se nos asigna lo que debemos producir y en qué condiciones, hecho que, en la fase neoliberal, ha llegado a afectar la estructura básica de las seguridad alimentaria que habían construido las economías marginalizadas.

2) *El comercio como medio, no como fin.*

Una simple mirada a las cifras que año a año entrega el Informe Sobre Desarrollo Humano (PNUD), permite notar que no hay una correlación entre los niveles de comercio internacional y los de desarrollo humano. Los países que exhiben mejores resultados en el bienestar y en los derechos de su población, en particular de las mujeres, no son necesariamente los que más comercian, y viceversa, países que por siglos han sido grandes exportadores se ubican en los últimos puestos en esas materias.

La ventaja comparativa de las exportaciones de los países empobrecidos es, casi sin variación, el trabajo subpagado y no pagado de las mujeres, que ahora se expresa en el modelo 'maquila' promovido por los TLC; con dolor constatamos que acarrea fenómenos como el 'feminicidio`.

No queremos más este tipo de comercio, que sirve para el saqueo, la explotación y la depredación. En la nueva Integración debe primar el intercambio complementario y solidario, debe ser un medio para atender necesidades humanas, generar bienestar y apoyar la producción.

3) Más allá de las cláusulas y los derechos sociales, es necesaria una visión ampliada de la economía.

Gracias a las luchas feministas, las mujeres hemos dado pasos para nuestra visibilidad y el reconocimiento de derechos, eso sí, en medio de algunas paradojas marcadas por el contexto neoliberal. En el terreno económico, se ha producido una visibilidad teñida del estigma de pobres y reproductoras de pobreza. La potente herramienta de denuncia que en su día fue la 'feminización de la pobreza', por varias razones ha devenido en un uso peyorativo, que desconoce que el trabajo, las redes sociales, los conocimientos de las mujeres (especialmente las indígenas), han sido el sostén de la vida en el marco de un modelo de desigualdades acentuadas, ineficiente y destructivo.

Siendo inocultable, la pobreza ahora se trata como un problema social a ser combatido, sin cambiar lo que la genera y sin tocar las políticas económicas. Dinero, inversiones y empresas, son las categorías reconocidas como económicas, desplazando a trabajo, producción y reproducción.

En la visión de los TLC, que lastimosamente ha influenciado en amplias esferas, la globalización y la economía son un 'contexto' en el que se desenvuelven el trabajo y el empleo, y en el que se instrumentalizan o se disputan derechos de las mujeres, todos ellos como asuntos que pertenecen a la esfera de lo social y político.

Es preciso recuperar el trabajo y el empleo como hechos económicos que están en la base de la producción, de la creación de riqueza y del bienestar, que se conectan, por tanto, con decisiones básicas de qué y cómo producir. El trabajo de las mujeres no es una externalidad, está en el centro mismo de estos hechos y decisiones.

La nueva Integración debe hacer visibles, en toda su amplitud, las relaciones y prácticas económicas, los aportes que hacen de las mujeres protagonistas de la economía y portadoras de derechos en este campo, incluido el de decidir sobre recursos y políticas nacionales y regionales.

4) El dinero y otros recursos. La diversidad también es económica.

Con un despliegue de retórica, presiones y hasta chantajes, se ha promovido la centralidad de las 'inversiones' en los TLC y en la Integración; se dice que debemos acatarlos para asegurar flujos de inversión, pues nuestros países los requieren para desarrollarse y superar la pobreza. Lo que indica la historia económica es que las 'inversiones' (reales o simuladas) han sido, en su mayoría, fuente de saqueo y empobrecimiento en nuestras tierras; su defensa

ha dado lugar a pérdida de soberanía y a la imposición de normas e instituciones, hasta por la fuerza de las armas.

Sin duda la Integración alternativa requiere movilización de recursos diversos: en primer término, cortar con la sangría de recursos a través de la deuda, y privatización de recursos estratégicos, de la apropiación de fuentes de riqueza que convertidas en dinero retornan en mínima parte como inversión.

La mayor parte de la producción y los servicios que hacen la dinámica interna de nuestros países, no vienen de tales inversiones y de la gran empresa. La mayoría de la gente no vive de ellas. La supervivencia está garantizada por el trabajo de las mujeres, por la pequeña producción campesina y urbana, por las remesas de las y los migrantes.

Hay distintas maneras de hacer economía, más allá del paradigma de la empresa capitalista, y, sobre todo, de la 'gran empresa'. No es sólo una cuestión de tamaño: las pequeñas y medianas unidades económicas se identifican más con la atención a necesidades y con la generación de capacidad productiva local; tienen más cercanía y afinidad con las culturas diversas y con el cuidado de la naturaleza.

La reapropiación de nuestros recursos y de formas variadas de organizar la producción, junto con la prioridad para el cuidado y el bienestar humanos, son imperativos para otra Integración.